

**DEFENSA**  
DEL  
ENSAYO SOBRE  
**LA INDIFERENCIA**

EN MATERIA DE RELIGION.

---

**CAPITULO PRIMERO.**

REFLEXIONES PRELIMINARES.

o Cuando, al tratar un asunto de universal importancia, parezca á los lectores que uno se separa de las ideas comunes, del método recibido, inmediatamente se apodera de ellos una idea de desconfianza. Esta disposicion de los espíritus es inherente á la naturaleza misma; es la salva-

guardia de la verdad. Perecería la sociedad, ó mas bien, no sería posible sociedad alguna, sin este principio de estabilidad que defiende las doctrinas generales contra las innovaciones de los individuos. Con respecto á los grandes intereses del órden intelectual y moral, siempre sospechan los hombres de la novedad; no creen haya poder para crear verdades\*, y esto mismo es acaso la mas importante de todas las verdades, pues que nunca nos extraviarnos, sino por no conocerla. El hombre no crea nada; recibe, con-

\* Crear verdades sería crear seres; pues *la verdad*, dice Bossuet, *es lo que existe*, y las verdades necesarias, las verdades, fundamento de la sociedad de Dios y del hombre, y de los hombres entre sí, siempre han sido conocidas; lo que no impide se haya apreciado mejor en ciertas épocas, su principio, enlace y consecuencias; y en esto consiste el progreso de la razon humana, que se desenvuelve como la razon del individuo. Bossuet, citado poco ha, no conocia mas verdades que el niño á quien se ha enseñado el catecismo, pero las conocia mejor. ¿Qué se hace aun en las ciencias? Se comprueba *lo que existe*, se observan hechos, y se busca su enlace, ya con otros hechos, ya con principios universalmente conocidos: ahí está todo. Por poco que se reflexione, se reconocerá luego que hasta las ciencias físicas no tienen principios propiamente tales, y que se componen solo de hechos. El motivo está en que la idea del principio incluye necesariamente la de la causa, y que no hay verdadera causa, sino en el órden espiritual

serva, trasmite; su poder no pasa de aquí. Luego que se presenta uno sin otras ideas que las suyas, se establece contra él una justa preven- cion; se le llama hácia la antigüedad, hácia la universalidad, como á una regla inmutable de lo verdadero en todas las creencias necesarias. Y si no subsiste su doctrina, despues de sometida á esta prueba, es doctrina sin remedio condenada.

Tal vez es bastante raro que habiendo querido probar la excelencia y la necesidad de esta regla, nos la hayan opuesto para defender una filosofía que estriba sobre principios esencialmente diferentes; de suerte que se han visto partidarios del juicio privado combatirnos por medio de la autoridad, cuyos derechos intentamos sostener, y por consecuencia, presuponer la verdad de la misma doctrina que atacan; tanto y tan profundamente arraigada, se halla esta doctrina en nuestra naturaleza.

Por mas extraña que parezca la contradiccion indicada, puede con facilidad explicarse. Los antagonistas del *Ensayo*, sin considerar lo necesario, hasta que punto concuerda esto con su sistema, convienen, al menos implicitamente,

en que no se puede sin temeridad ó aun sin locura, separarse de los sentimientos antiguos reconocidos generalmente; luego, olvidándose de que la filosofía de la escuela no es antigua ni generalmente adoptada, reclaman á favor suyo la prescripción del tiempo y el consentimiento común; lo que les conduce á un argumento enteramente extraordinario. Trátase de saber cual es el *criterio* de la verdad: segun nosotros es la autoridad; segun su filosofía es la evidencia individual. ¿Quién tiene razon, ellos ó nosotros? y ¿qué responden á las pruebas que damos de nuestro dictámen? « Por evidentes que sean estas pruebas á vuestros ojos, nos dicen, con todo os engañais, pues está contra vosotros la autoridad de todos los filósofos. » Por ahora no examinaremos el hecho; pero sea ó no exacto, ciertamente debemos dar las gracias á los que nos le oponen. Creemos verlos levantar el brazo para herirnos, y por el contrario nos dan la mano.

No hay por que admirarse; pues sobre cualquier punto que sea, siempre la discusion nos hace venir á la autoridad, como último principio

de la decision. Mal que les pese, aquí venimos á parar, ó á renunciar del argumento. El argumento es el litigio, pero ¿de qué sirve litigar, donde no hay juez?

Por lo demas, cuantos han procurado extender nuevas luces sobre el asunto que hemos tratado, tienen derecho á nuestro reconocimiento. Se nos han opuesto públicamente algunas réplicas, se nos han comunicado otras por escrito y de palabra. Pensamos que nos será tanto mas fácil responder á ellas, cuanto bastará substituir nuestros sentimientos verdaderos á las opiniones que nos han atribuido. Convenimos en que, si algunos lectores no nos han comprendido mejor, es falta nuestra: cuando se abrevia demasiado, se incurre á veces en descuidos, cuanto á las explicaciones necesarias. Sin embargo, creemos que las confesiones podrian ser recíprocas; pues cuando decimos formalmente lo contrario de lo que se nos hace decir, parece no se debe culparnos de inadvertencia ú olvido.

Esto se ha reconocido en parte. Varias reconociones que nos han dirigido, por lo general están ya retractadas. Ha calmado la reflexion

inquietudes que no habíamos podido prever ni evitar. Ciertamente se han pronunciado muchos fallos sobre la tercera parte del *Ensayo*, poco exactos, puesto que han sido tan diversos. Se han visto, con motivo de esta obra, muchas *evidencias individuales*, defectuosas, lo que no prueba demasiado en favor de la filosofía combatida por el autor; y como quiera que sea de su doctrina en cuanto al fondo, bastarian las controversias que esta engendra, para manifestar la indispensable necesidad de un tribunal superior al juicio particular de cada hombre.

Para no interrumpir la discusión que vamos á entablar, responderémos aquí á una pregunta que se nos ha hecho. ¿Para qué buscar, dicen, nuevas pruebas de la Religión? ¿Por qué no contentarse con las antiguas? Porque se han hecho nuevas réplicas, porque el estado de los ánimos no es el mismo; y en razón de que habiendo llegado el error con sus progresos, al fondo del abismo, ha sido necesario llevar hasta allí la antorcha de la verdad. ¿Se debe uno parar á vista del enemigo que avanza? ¿Se combatía á Calvino con las mismas armas que á Lutero? ¿Bastaban contra los

socinianos las respuestas dadas á los calvinistas? ¿Se oponían unas mismas pruebas á los deístas y á los hereges? Solo comienzan las disputas al punto contestado; no se disputa sobre aquello en que se conviene, y cuando se ha negado toda verdad, ha sido necesario establecer el fundamento de toda verdad, y buscar la base de la razón humana.

En otra parte discutirémos, mas por extenso, esta cuestión, manifestando la importancia de nuestra doctrina. Solamente suplicamos se note que hubieran podido hacerse la misma pregunta y la misma reconvencción á todos los Padres, á todos los doctores y á todos los escritores eclesiásticos desde el principio del Cristianismo; pues, defendiendo la fe, cada uno de ellos añadía, según sus luces y según el asunto particular que trataba, algo suyo á las reflexiones de los que le habían precedido: sin esto no hubiera sido posible combatir ninguna de las heregias que sucesivamente nacían; y por lo que respecta á la controversia, la tradición entera no es mas que una serie de nuevas respuestas dadas á nuevos argumentos.

Por lo demas, en ninguna parte hemos dicho, ni jamas hemos pensado, que los medios con que se prueba la verdad de la Religion católica, no sean sólidos. Y ¿no son estas, además, pruebas de autoridad? ¿Cómo se prueba la autenticidad de los Libros santos, los milagros y las profecías, sino por el testimonio? Nosotros mismos emplearemos estas pruebas en la cuarta parte de nuestra obra y con tanta mas ventaja, quanto que habremos patentizado antes, que el testimonio ó la autoridad de que pende toda su fuerza, es la regla necesaria y el fundamento de nuestra razon.

De lo que resulta que algunas personas, demasiado inclinadas á escudriñar las intenciones secretas, con demasiada ligereza nos han atribuido la de querer humillar á los apologistas que nos han precedido, creando, por vana puerilidad, un nuevo sistema de filosofia. Estamos libres de tal sospecha, y ¡no permita Dios que los esfuerzos de un defensor de la Religion deban entenderse solo de este modo! No, de ninguna suerte podemos contarnos en el número de aquellos alborotadores, tan bien apellidados por

san Gerónimo y por Tertuliano, *animales de gloria*. Fatigúense quanto quieran en perseguir ese gran fantasma; quanto á mí, no gusto de vanas ficciones. Y aun quando ofreciese esta gloria algo de real, no seria menos cierto que nada tiene capaz de llenar los deseos de un ser, formado por Dios para la eternidad, siendo así que ella nace y muere en el tiempo. Y el cristiano instruido de su propio ser, se compadece de los fútiles sueños del orgullo humano, y en este mundo no conoce ni quiere, como el Apóstol, otra gloria que la cruz: *Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu-Christi* <sup>1</sup>.

Lo diremos francamente de las dificultades que contra la tercera parte del *Ensayo* se han propuesto, ninguna de ellas nos parece sólida, ni tan siquiera plausible para quien con atencion haya leído esta obra. Pero ya que se han propuesto, aclarémoslas, pues que para esto escribimos. Quanto al orden que seguiremos, nos parece conveniente examinar antes, el origen de la filosofia, mostrando los inconvenientes de sus

<sup>1</sup> *Epist. ad Galat., VI, 14.*

diversos sistemas. Luego expondremos los principios explicados en el *Ensayo*, harémos ver su importancia, y por último responderémos á los argumentos de los adversarios. Nos prometemos de esta controversia pacífica, la mayor ilustración de un asunto que nunca puede profundizarse demasiado, y gloriarnos que al fin de nuestro trabajo podremos repetir llenos de confianza, aquellas brillantes palabras de un Padre: « La fuerza de la verdad es grande, y aunque se deje entender por sí misma, resplandece mas aun, por los argumentos contra ella propuestos; inmutable siempre, se afirma por los mismos con que se piensa destruirla ».

<sup>1</sup> S. HILAR. PICTAV., *De Trin.*, lib. VII.

## CAPITULO II.

DE LA FILOSOFÍA, DE SU ORIGEN Y SUS DIVERSOS SISTEMAS.

El objeto de la filosofía es la indagación de la verdad, y casi todos los errores que hay en el mundo, y sobre todo los mas peligrosos, procedieron de esta vana indagación. *No hay absurdo que no lo haya dicho algun filósofo*<sup>1</sup>, como advertía Ciceron.

<sup>1</sup> *Nihil tam absurdum dici potest, quod non dicatur ab aliquo philosophorum.* De Divinatione, lib. II, n. 58.